

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 4 DE JULIO DE 1909

NUMERO 79



HISTORIA EJEMPLAR

CONCLUSIÓN

Felipe, Anselmo y otros varios españoles entraron en la servidumbre de un rico comerciante árabe llamado Abudalia.

Felipe, víctima de la airada suerte que á tan negros destinos le conducía, quejábanse entre sollozos de verse esclavo, y como tal, en la

Ayuntamiento de Madrid

ineludible obligación de ganarse el pan por vez primera en su vida con un trabajo tan rudo como es el de cultivar la tierra.

Anselmo, con la resignación de quien se halla acostumbrado á sufrir penalidades, aceptó su nuevo estado sin anonadarse en lamentos ni en quejas inútiles; como hombre prudente aceptaba los reveses de la fortuna con espíritu sereno, pensando en los medios de hacer más soportable su esclavitud y redimirse de sus cadenas.

Consideraba, no obstante, muy natural la desesperación de su amigo, el cual, acostumbrado á vida muelle y deleitosa, había de padecer tristemente con aquel grave contratiempo con que la Providencia quería hacerle apreciar lo mudable que es el destino de las humanas criaturas.

Anselmo trataba de consolarle infundiéndole esperanzas acerca de un cambio venturoso en su desdichada suerte.

Así las cosas, pasados unos cuantos meses, Abudalia, en una visita que hizo á las tierras que cultivaban sus nuevos esclavos, hubo de ser gratamente sorprendido al ser saludado en árabe por Anselmo. Entabló con éste un largo diálogo, informándose de los excepcionales conocimientos lingüísticos que poseía su servidor.

—Desde hoy—le dijo—quedas relevado de cultivar mis tierras; para éstas me sobra gente que trabaje; en cambio necesito una persona instruida, como tú lo pareces, para que me ayude en mis negocios.

El malaventurado Felipe vió con ojos apenados que le separaban de su íntimo amigo, y, advertido por éste de la causa que motivaba tal separación, reconoció el grande error en que se encontraba al creer que en la vida sólo el dinero satisface todos los deseos y allana todas las dificultades.

El y Anselmo, por azar del destino, llegaron á encontrarse siendo esclavos en una misma y miserable condición. Y, sin embargo, el pobre mejoraba ésta notablemente con su sabiduría. Al rico, como él, para nada le servía en tales circunstancias su dinero.

Suspirando pensó que los libros valen en ocasiones más que los ducados, y que la sabiduría es caudal que siempre está á disposición del que la posee, no así como el dinero, expuesto á todas las veleidades de la suerte.

Estas afirmaciones le llevaban á sonrojarse de sí propio por su ignorancia supina.

Pasado ya mucho tiempo, y cuando creíase ya condenado para siempre á la aborrecible esclavitud que padecía, se presentó, ante sus atónitos ojos, Anselmo, vestido con lujosísimo traje oriental, como un gran señor.

Después de estrecharle entre sus brazos, Anselmo le anunció, con gran regocijo, que venía en su busca para conducirlo á su casa, como

esclavo suyo que era, puesto que acababa de pagar su rescate á Abudalia.

Por el camino Anselmo enteró á su asombrado camarada de que su buena fortuna en el manejo de los negocios del rico comerciante árabe, había hecho que éste, no sólo le cobrase afición grande, sino que, por gratitud, librándole de su condición de esclavo, le asociara á sus empresas mercantiles.

—Y hoy—terminó de decirle á Felipe—me tienes hecho un señor poderoso que compra esclavos para gozar de la satisfacción más pura que hombre alguno puede recibir: la de darles la libertad... ¡Ya ves como en la vida las armas que se recogen en la Universidad sirven también para alcanzar señalados triunfos en las luchas más desesperadas...!

F. LARRU





EL POBRECILLO ANTOLIN

(CONTINUACIÓN)

PACA. Pero me estoy aquí, entretenida con vuestras cuchufletas, y no me cuido de la cocina. A ver si se estropea el guiso.

BLAS. ¡No por Dios!

JUDAS Corre, Paquita, no te descuides.

PACA. Vuelvo en un periquete.

ESCENA III

DICHOS, menos PACA

B.AS. Mirad que tiene tupé esta Paca. El mejor día va á tener un disgusto con los amos, porque la verdad es que tira de largo.

ISID. ¿Pues sabes lo que te digo? Que la estará muy retebién empleado, porque es de lo que no hay. Roba para ella, roba para una tía suya, que es la que, según dice, la enseñó.

JUDAS. ¿La enseñó á robar?

ISID. A todo la habrá enseñado. Y la verdad es que ha salido muy bien enseñadita. Se trae unas martingalas y unas combinaciones con los tenderos. La Paca sale al mes por unos quince ó veinte duros sobre su salario.

BLAS. ¡Sí que es desahogada la niña!

JUDAS. Y es muy suya y muy orgullosa.

ISID. Y muy falsa.

BLAS. Y dicen que es muy egoísta.

ISID. ¿Que sí es? Yo la trató con

cariño, porque la tengo miedo, porque es de cuidado; pero no la puedo ver.

BLAS. No sé cómo nos convita hoy con motivo de ser su santo.

ISID. ¡Toma! Porque todo la sale por una friolera. Todo es de cuenta de los amos. Como ella hubiera tenido que rascarse el bolsillo, aviados estábamos.

PACA. *(Se oye la voz.)* Isidora.

ISID. Voy. ¿Qué la ocurrirá á esa golfa?

ESCENA IV

BLAS, JUDAS y después PACA

BLAS. ¡También esta Isidora tiene una lengüecita!

JUDAS. ¿Esta? No hay que comérsela de vista, que también tiene lo suyo.

BLAS. Claro. Como tú has servido aquí con ella, la conocerás bien.

JUDAS. ¿Que si la conozco? ¡Anda la órdiga! Me la sé de memoria. Es mala como una víbora. Parece así al pronto una mosquita muerta que nunca ha roto un plato; ¡pero anda con Dios! Tiene peor intención que ur miura.

BLAS. Para chasco que hubiera sido ella la que te hubiera hecho saltar de la casa.

JUDAS. No te diré que no. No lo sé

de cierto, y como por otra parte ella y la Paca me dan de comer y algunas pesetillas de cuando en cuando, yo me hago el tonto. ¿Sabes?

PACA. (*Entrando.*) ¡Sí que tenéis calma, niños!

JUDAS. ¿Por qué lo dices?

PACA. Porque estamos esperando para empezar á comer á que traigáis el vino prometido.

JUDAS. Yo, como estoy desacomodado, no he tenido de donde cogerlo.

BLAS. Yo, sí; pero lo he dejado abajo en la portería hasta saber si lo teníais ó no.

PACA. ¡No eres poco precavido!

BLAS. No es eso; es que como los vinos de esta casa son mucho mejores que los de la nuestra...

PACA. ¡Te veo!

BLAS. Es la pura verdad. ¿De modo que no tenéis vinos, eh?

PACA. ¡Qué hemos de tener! No ha habido manera de sacarle las llaves al mamarracho de Antolín.

JUDAS. Hombre, ¿y dónde anda metido ese muñeco?

PACA. En su cuarto echado; dice que está malo.

JUDAS. ¡Quia! Ese quiere zafarse para poder acusarnos luego.

PACA. ¡Tendría gracia!

JUDAS. No te quepa duda.

PACA. Pues se lo voy á decir á la Isidora para que le haga venir. Ella se dará buena maña.

BLAS. De eso estábamos hablando hace un momento.

PACA. ¿De qué?

BLAS. De que la Isidora es más viva que el aire.

PACA. (*Con misterio.*) Tan viva como mala.

JUDAS. Esa va á tener un disgusto en esta casa el día menos pensado, porque la verdad es que tiene un tupé...

PACA. ¿Pues sabéis lo que os digo? Que la estará muy retebién em-

pleado, porque es de lo que no hay. ¡Se trae unas martingalas y unas combinaciones con los tenderos. La Isidora, entre lo que sisa y lo que le quita á la señora, sale por muchos duros sobre su salario.

BLAS. ¡Sí que es desahogada la niña!

PACA. Y muy hipócrita y muy falsa.

BLAS. Y dicen que es muy egoísta.

PACA. ¿Que sí es? Yo la trato con cariño, porque la tengo miedo, porque es de cuidado; pero no la puedo ver.

JUDAS. (*Al oído á Blas.*) Chico, las mismas palabras la una que la otra.

BLAS. (*Con la misma reserva.*) ¡Las dos están un par de púas!

PACA. ¿Pero viene ese vino ó no?

BLAS. Voy por él en seguida. Anda, Judas, ahueca el ala, y ayúdame á subirlo.

JUDAS. ¿Tanto pesa?

BLAS. Anda, ven, y no seas pelma. (*Salen los dos.*)

ESCENA V

PACA y en seguida ISIDORA

PACA. ¡Pelma! No estáis malos puntos los dos. (*Se pone á arreglar la mesa.*) No sé cual es más perdido.

ISID. ¿Con quién hablabas?

PACA. Con nadie.

ISID. ¿Y esos?

PACA. Han bajado por el vino.

ISID. Pues yo te he oído hablar.

PACA. Hablaba sola. Decía que tan bueno es Juan como Pedro. ¿Quién te parece á ti que es más granuja, Judas ó Blas?

ISID. ¡Pa mí que los dos son peores!

PACA. Blas es un fresco, que está robando á mansalva en la casa que sirve.

ISID. ¡Sí que Judas es rana! Eso que dije antes que me contó la señora es tan cierto como ésta es luz. La abrió el armario de las

Continuará.



RELATOS DE CAZA

EN UNA SELVA DEL SUDAN

Mr. Arthur Manning, comisionado por el Gobierno británico para fijar en el Sudán las fuentes de no sé qué ríos, y la altura y situación exactas de no sé qué montañas, salió una tarde del campamento y, montado en un magnífico caballo, se internó en una selva virgen, en la que los árboles, formando con su ramaje una tupida bóveda, le defendían de los rayos del sol que tostaban las amarillentas hierbas de la llanura.

Cuando iba más distraído, pensando acaso en las frescas nieblas de su querido Londres, vió frente á él un camino abierto en el corazón de la selva. Las altas hierbas estaban caídas y desmenuzadas, los arbustos arrancados de cuajo y los árboles desarraigados. Parecía que hubiera pasado por allí un batallón de ciclópeos gigantes. Mr. Arthur, que era tan excelente cazador como sabio, notó en el suelo las disformes y hondas huellas de un rinoceronte, y al momento se puso á seguirlos. Bien conocía lo que dificultaba la operación el ir á caballo. Para el que va á pie es cosa facilísima llegar sin ser sentido adonde el gigantesco paquidermo duerme, y disparar sobre él á boca de jarro; pero así, el piafar y resoplar del noble bruto que montaba, juntamente con el rumor de sus pisadas, quitábanle toda esperanza de poderlo sorprender. Estas contrariedades que á otro hubieran desanimado fueron para Mr. Arthur acicate que avivó más sus deseos y, pi-

cando espuelas á su corcel y empuñando la carabina, aventurose por el camino.

Un buen rato llevaría galopando cuando un formidable resoplido le hizo detenerse; á unos treinta pasos de distancia el feo rinoceronte estaba tumbado en medio de un verde pradecillo. Sin perder un instante disparó, y el grandote animal, al sentirse herido, alzóse como un novillo por un resorte, gruñó dolorosamente y precipitose sobre su adversario. Este, que conoció el peligro á que se exponía esperándole, soltó las riendas á su caballo para que corriera cuanto pudiera. Mientras fueron por el camino desembarazado de obstáculos todo



marchó bien; pero cuando tuvieron que empezar á sortear troncos y espinosos arbustos, el rinoceronte, que caía sobre todo como una avalancha, ganóles el terreno perdido y aun los acosó muy de cerca. Mr. Arthur, viéndose en tan apurado trance y sintiendo ya próximo el resoplar del monstruo, paró el caballo en seco, agarróse á las ramas de un árbol, trepó por ellas con desesperación, y aún no se había acabado de acomodar en un recio brazo cuando el árbol entero retembló...

¡El rinoceronte había alcanzado al caballo...! Su único cuerno, con terrible ímpetu, lo había atravesado de parte á parte, y, caído el hermoso animal en el suelo, se retorció en las postreras convulsiones mientras que el feroz paquidermo, saciada su venganza, proseguía su loca carrera á través de los arbustos...

JOSÉ A. LUENGO



LOS DRAGONES DE VILLEGUÉN. CUADRO DE GUELDRY

Este cuadro, que llamó la atención del público en la Exposición donde le presentó su autor, está basado en un hecho histórico, lleno de verdadera y conmovedora poesía. Los dragones de Villeguén, después de una

batalla, se presentaron en la parada. El Rey Luis XV preguntó de dónde salían aquellos trajes al verlos tan derritados... «Sin las banderas del enemigo!»—contestó el jefe de los dragones.



LAS BONDADES DE NINI

XXXIII

Yo volvía muy contenta al colegio, sí, señores, lo aseguro, contentísima; pues aunque lo había pasado muy bien al lado de mis papás y abuelitos, y también la tarde aquella con Piluca, el caso es que me encuentro á gusto en el colegio, que las monjas me parecen muy buenas, que hay muchísimas niñas y se juega mucho, y que... ¡vamos, que me gusta, ea! Pero al entrar aquel día, me puse muy preocupada; ¿que por qué...? Pues porque estaba la madre Rosario llorando mucho, y la madre Paz también, y la madre Purificación también, y la madre Socorro también, y la madre Esperanza también. Naturalmente, yo pregunté:

—¡Anda! ¿Qué tripas se les ha roto á las madres que todas están llorando?

Una niña grande me dijo bajito que eso de la *tripa rota* era una barbaridad que no debía decirla, y no lo dije más.

—¡No sabes qué pena, Nini!—dijo la madre Rosario.—¿Te acuerdas de todos nuestros pajaritos...? Pues algún mal intencionado, que no podemos saber quién es, ha abierto las jaulas y los pájaros volaron.

—¡Claro! Para eso tienen alas—dije.

—¡Qué pena tenemos por nuestros pajaritos! ¡Qué mala debe ser quien los soltó! ¿Quién sería, Nini, quién sería, que así nos ha hecho llorar á todas? ¡Cómo castigará el Niño Dios al que haya llevado á cabo esa mala acción!

—Yo me callé, ¡claro! Estuve con la boca abierta para decir que yo había soltado los pájaros, porque como salíamos las niñas, me parecía muy bien que también salieran los pobres animalitos; pero no me atreví á decirlo, porque me pareció que me castigarían, yo no creí que

iban á llorar las monjitas por los pájaros; así es que ellas me miraban á mí, y yo no sabía donde mirar, y dije bajito:

—¡Pero madre Rosario, no se apuren así...! ¿No hemos vuelto las niñas...? ¡Pues también volverán los pajaritos...!

Me quedé muy triste, sí, señor, atroz de triste, y me dieron ganas de llorar y todo; y me fuí á ver á *mi amigo* el Niño Dios, y le dije:

—La madre Rosario dice que cuando quiera algo, debo pedir-telo á ti; bueno, pues yo quiero que vengan los pájaros, porque yo no los despedí; lo único que hice fué darlos vacaciones para que estuvie-sen igual que yo; pero ellos son unos golfos, y unos holgazanes, y unos pindongos, y no vuelven; y yo quiero que vuelvan para que no lloren las monjitas... me da mucha tristeza verlas echar esos lagrimo-nes tan grandísimos, sobre todo, á la madre Rosario... ¡Yo quiero mucho á la madre Rosario, Niño Dios...!

Me pareció que me contestaba que bueno, que sí volverían, y me fuí muy tranquila. Dí las clases muy retebién, y cuando llegó la hora de recreo me fuí al jardín más que de prisa... ¡ay, qué alegría. ! Empecé á gritar:

—¡Madre Rosario! ¡Madre Rosario..! ¡Venga corriendo, que los pajaritos golfos están aquí!

Llegó la madre y empezó á decirles cosas... ¡Rico...! ¡Nónín...! ¡Piiii...! ¡Piiiiii...! ¿Tenéis hambre...? ¿Queréis cañamones? ¡Tomar! ¡Tomar!

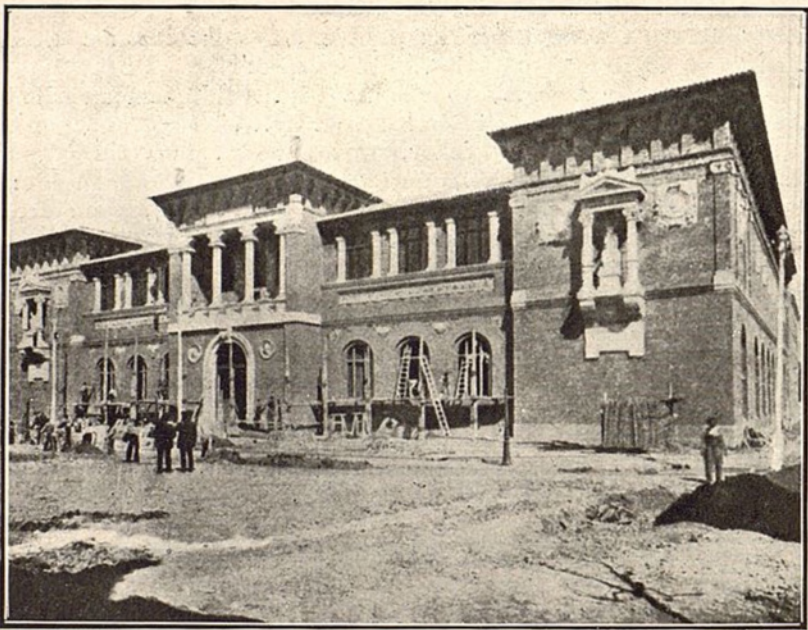
Y ellos fueron á comer en la mano de la madre Rosario, y ella ios fué cogiendo, y después de hacerlos caricias los metió en sus jaulas... ¡Pero no estaban todos! Faltaban dos; yo dije:

—¿Ve usted, madre, como han venido después de las vacaciones...? y los que faltan vendrán también, porque aquí se les quiere y se les cuida... ¿qué van á hacer por ahí hechos unos tontos...? Además, aho-ra, éstos piarán mucho y los otros oirán... dirán ¡piii! que querrá decir no tardéis tanto, ¡venir, que nosotros ya hemos venido...! y los otros dirán... ¡piiiiii...! que querrá decir... ¡Vamos en seguidita!, esperar un poco...! y llegarán, no se apure usted, madre Rosario... ¡Si cuando yo abrí las jaulas, ya sabía yo que volverían!

—¡Ah! ¿Pero fuiste tú, Nini?—preguntó la madre Rosario.

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO





LA ARQUITECTURA

II

Expuse anteriormente la teoría, bastante admitida, de que las primitivas formas de habitación que el hombre inventó, amoldándolas á las necesidades de su vida, fueron los orígenes de la arquitectura de los pueblos antiguos y que, así, los egipcios y los indios se inspiraron en las grutas ó cavernas para sus construcciones subterráneas; que los chinos y japoneses tomaron como modelo de sus habitaciones la tienda de campaña, y los griegos la cabaña, en la que los troncos clavados en el suelo para señalar los límites que ha de tener la vivienda son el origen de la columna; las piedras cuadradas colocadas más tarde, una en el suelo para preservar al tronco de la humedad de la tierra, y otra en la parte superior, de forma que presente la columna una mayor superficie de apoyo, vinieron las bases y los capiteles; la viga colocada horizontalmente sobre los extremos superiores de las columnas es el arquitrabe; las puntas de las vigas puztas ó apoyadas sobre el arquitrabe se figuraron luego por medio de los triglifos del orden dórico, y de los espacios existentes entre éstos nacieron las metopas, llamando friso á todo el espacio formado por triglifos y metopas; del ángulo en que las vigas del techo se colocaron con objeto de lograr que las aguas vertieran sobre el suelo, provino el frontón triangular, etc., etc.

La teoría pudiera tal vez admitirse, si no fuera por que hay que pen-

sar en que, en los orígenes, casi todos los pueblos fueron pastores, puesto que el laboreo de las tierras, la agricultura, es una forma más avanzada de la civilización, y, sin embargo, de todos los pueblos de la tierra sólo los japoneses y chinos se han inspirado en la tienda de campaña para sus construcciones. Hay, pues, que desecharse esa explicación que, como se ve, no descansa en ningún principio racional y serio.

Los monumentos más antiguos que se conocen son los ciclópeos y los de los celtas. Consisten los primeros en bloques de piedra de gran tamaño colocados los unos sobre los otros para formar muros; los segundos son pedazos de roca clavados en el suelo, á los que cuando están sueltos se llama *menhúrs*.

La opinión más autorizada juzga que es el Egipto la cuna del arte arquitectónico, y por la historia que se conoce de ese país y lo que se dice en los jeroglíficos descubiertos en algunos monumentos, se desprende que algunas construcciones datan de diez y siete ó diez y ocho siglos antes de nuestra era. Del Egipto se extendió á la India, á Persia y Asiria, con cuyas arquitecturas tiene muchos puntos de contacto, y, sobre todo, es común á estos países la afición á hacer obras colosales. Sabido es que los reyes egipcios gustaban de perpetuar su memoria erigiendo monumentos enormes, de los cuales algunos se conservan aún, tales como las Pirámides famosas, y que también eran gigantescas las edificaciones de Ninive y de Babilonia. Con las colonias egipcias que se establecieron en Grecia pasó á este país al mismo tiempo que los nuevos moradores, la civilización que ellos tenían, y, como es natural, su arquitectura, que, sin embargo, sufrió grandes modificaciones al adoptarla los griegos, pero se comprueba la inspiración que de ella tomaron en muchos detalles, entre otros la adopción de la columna acanalada que es de origen egipcio como se prueba con los sepulcros de Benihassan, descubiertos en la orilla derecha del Nilo, al Sur de El Cairo; además el orden dórico, el más antiguo de los tres órdenes arquitectónicos griegos, tiene en sus primitivas manifestaciones aspecto análogo á las obras egipcias, en cuanto sus proporciones son anchas, cortas y recias.

Ahora, que los griegos imprimieron al arte arquitectónico una elegancia, una pureza de líneas tal, que en su época se llegó á un límite que no se ha podido sobrepasar después, y las obras que realizaron han constituido el modelo á que en todas épocas ha habido y hay que acudir cuando se desea hacer una obra completamente bella.

Roma copió el arte griego y, aparte el arco, nada hizo original ni nuevo; la Edad Media produjo la arquitectura ojival; los árabes aportaron importantes modificaciones al arte, imprimiéndole el sello de su personalidad, y en la época moderna nada nuevo ni original se ha descubierto.

JUAN ANTON.



EN LA EXPOSICION DE LA INFANCIA

UN COTILLON INFANTIL

Volvemos á hablaros, queridos lectores de GENTE MENUDA, de la Exposición de la Infancia que se celebra en el Parque de Madrid, para deciros que todas las tardes se ve llena por numero público.

Los organizadores procuran ofrecer á los niños toda clase de atractivos para que se diviertan allí después de recorrer las instalaciones.

El otro día hubo un cotillón infantil que resultó muy concurrido y animado, como podréis juzgar por la fotografia que va á la cabeza de estas líneas.

¡Lo que se divirtieron los pequeños bailarines!

Hay también muñeca bailarina, un cochecito tirado por borriquitos y otras cosas divertidas.

¡En fin, que se pasa el rato divinamente!

Hay que aplaudir á los organizadores, porque es una buena obra la que han emprendido.

Y nosotros no nos cansaremos de deciros:

«¡Es preciso que vayáis á verla!»

Porque os queremos bien, os lo recomendamos.

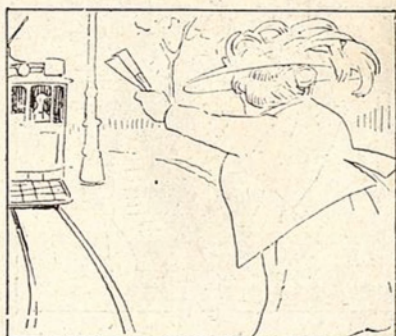
¡Es tan bonita la Exposición y resulta tan educador el visitarla!

Ayuntamiento de Madrid

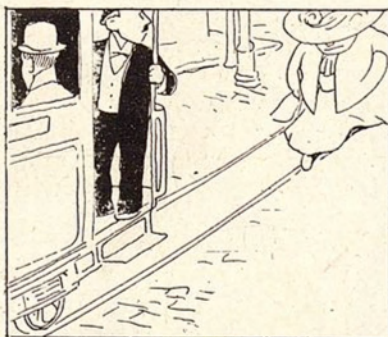
¡VAYA UN VIAJECITO!



Doña Simona salió, como de costumbre, con los minutos contados.



Por fortuna vió venir un sangrejo y le hizo señas para tomarlo.



El conductor, como otros muchos, se llamó andana, obligándola á correr más de lo que ella quisiera.



Al pretender entrar, se vió en un gran aprieto, entre lo angosto de la puerta y lo amplio de su sombrero.



Pero gracias á un supremo esfuerzo, consiguió salvar estos obstáculos.



Rogó á un distinguido viajero que la hiciera sitio, y se dispuso á ocuparlo.



Quando una brusca arrancada del coche la hizo perder el centro de *gravedad* y también sus alrededores.



— ¡Usted disimule!
— ¡No hay de qué!— respondió el aludido haciendo por disimular.



Algo molesta con las indiscretas sonrisas de sus compañeros de *cangrejo*, doña Simona se levantó.



Tiró con resolución del timbre y procuró guardar el equilibrio, cosa verdaderamente difícil.



En seguida, luchando contra la *impenetrabilidad* de los cuerpos, se lanzó fuera del coche.



Tan desfigurada estaba al llegar á su casa, que la *costó Dios* y ayuda convenir al portero de que *ella* era ella.